

ANTECEDENTES, TENDENCIAS Y ESTADO ACTUAL DE LA INVESTIGACIÓN
DEL MAGDALENIENSE MEDITERRÁNEO PENINSULAR



ANTECEDENTES, TENDENCIAS Y ESTADO ACTUAL DE LA INVESTIGACIÓN DEL MAGDALENIENSE MEDITERRÁNEO PENINSULAR

C. OLÀRIA

ANTECEDENTES

Los primeros estudios realizados sobre el paleolítico, en los que se incluía el periodo magdaleniense, se deben a L. Siret (1893; 1931). A partir de las iniciales publicaciones de este autor, se gestaron las primeras teorías sobre la relaciones con el continente africano, surgiendo los términos iberomauritano y capsense. Uno de los grandes defensores de las tesis africanistas sería H. Obermaier (1916), señalando que durante el desarrollo cultural, de lo que actualmente denominamos epipaleolítico, la influencia y evolución del capsense, darían lugar al capso-tardenoiense que se extendería por todo el ámbito de la península Ibérica, salvo en la zona cantábrica, en la cual el aziliense sustituyó al magdaleniense final, al igual que ocurrió en Francia, dando paso en estos territorios a la cultura azilio-tardenoiense. Obermaier siguió defendiendo esta teoría que en las sucesivas ediciones de su obra "El Hombre fósil" no cambiaron sustancialmente.

Una concepción semejante, es la que defendería P. Bosch-Gimpera al afirmar que, el área litoral mediterránea de la península estaba ocupada por una "civilización" opuesta radicalmente a la que se observa en el área cantábrica; se refería a la "civilización capsense" emparentada con el área norteafricana. Bosch señaló también, la gran profusión de microlitos que especialmente se extienden en las zonas oriental y central de la península por influencia del mundo cultural "capsense" (Bosch-Gimpera, 1922).

Una primera síntesis sobre el magdaleniense mediterráneo, la realizó L. Pericot, abarcando una secuencia del magdaleniense I al IV basada en la estratigrafía de la Cova de Parpalló, la cual según dicho investigador, se extendía por todo el litoral mediterráneo peninsular, exceptuando la costa catalana (Pericot, 1942).

Algún tiempo más tarde, Corominas (1949) estableció la existencia de un magdaleniense superior en Cataluña.

Todos estos trabajos e investigaciones iniciales se refirieron al periodo magdaleniense, sin embargo otros estudios intentaron establecer la unión entre esta etapa cultural y el epipaleolítico. Así uno de los primeros trabajos con esta orientación se deben a Almagro Basch, quien adscribía el llamado aziliense de Sant Gregori al epipaleolítico derivado del magdaleniense; además este mismo prehistoriador se planteó la validez del capsense, contraponiendo la influencia de las culturas europeas en la Península, considerando las láminas y laminitas de dorso abatido epipaleolíticas como exponente de una larga evolución de las industrias auriñacienses y perigordenses, y mostrando la influencia de las industrias del magdaleniense final, todo este conjunto de argumentaciones, sin embargo, no implicaron que él rechazara rotundamente las influencias africanas (Almagro, 1944).

Asimismo Jordá realizará una síntesis en la cual divide el llamado epigravetiense relacionándolo con el magdaleniense final, a través de las investigaciones realizadas en los yacimientos de Sant Gregori, Filador y Malladetes, también señala la existencia de dos complejos diferentes para el epipaleolítico, idea que más tarde desarrolló Fortea (Jordá, 1954).

Por otra parte, también se debe a Jordá la determinación del nombre de "ibérico" para referirse a las culturas paleolíticas del mediterráneo peninsular (Jordá, 1955). Posteriormente abandonó las tesis africanistas, estableciendo una comparación entre las industrias magdalenienses, por su riqueza de elementos óseos, abundantes buriles y escasos raspadores, y las correspondientes al epigravetiense, por la pobre presencia de buriles y abundantes raspadores; observando unas influencias entre ambos periodos culturales que él centraba en la presencia de las azagayas epigravetienses y raspadores magdalenienses. Igualmente, destacó la especialización del instrumental según las actividades económicas de cada grupo.

Poco más tarde, Pericot distinguirá un epigravetiense "capsense", alternativo del magdaleniense V y VI (Pericot, 1955).

Con referencia al epipaleolítico, D. Fletcher lo dividió en dos periodos, I y II, que denominará "mesolítico valenciano". Distingue dos facies, la primera, caracterizada por la ausencia de geométricos, que evolucionará durante el transcurso del magdalenense hasta el neolítico; la segunda con complejos geométricos, que se desarrollará sincrónicamente con la etapa del magdalenense superior (Pericot, 1955).

Fortea diferenciará el magdalenense superior terminal por la abundante presencia de buriles, con predominio de los diedros, así como las laminitas de dorso abatido y la presencia de triángulos escálenos alargados. Por otra parte, distingue dos tecnocomplejos diferentes que dividen el epipaleolítico en dos fases culturales, uno de componente laminar y microlaminar, y otro de componente geométrico. Utiliza la denominación de magdalenense mediterráneo para hacer referencia al horizonte con arpones y triángulos escálenos, como fase anterior al epipaleolítico microlaminar mediterráneo. Y también destacó la filiación como un momento comprendido entre el magdalenense y el epipaleolítico microlaminar (Fortea, 1973)

Posteriormente, dicho autor conjuntamente con Jordá, reconocieron los defectos de la ordenación realizada por éste último, al señalar un dualismo cultural: magdalenense para El Parpalló y epigravetiense para Malladetes, ambos sincrónicos, con lo que así se explicaba la ausencia de un magdalenense superior para la zona litoral mediterránea situada al sur del Ebro (Fortea, Jordá, 1976). Las excavaciones realizadas en 1970 en el yacimiento de Cova Malladetes planteó la revisión de la secuencia cultural del magdalenense superior mediterráneo, Fortea comparó las secuencias del Parpalló con las de Malladetes. Las aportaciones de dicho investigador, se basaron en la identificación del magdalenense superior, gracias a la presencia de triángulos escálenos y buriles, asociados a arpones, lo cual contribuyó definitivamente, a cambiar la idea básica de una derivación del gravetiense, fundamentada en un principio por la similitud de los niveles epigravetienses de tipo Malladetes. Determinó por tanto, un proceso de evolución industrial para el epipaleolítico, reflejado por el aumento de raspadores, descenso de buriles y presencia significativa de laminitas de dorso, juntamente con la paulatina decadencia de la industria ósea y también a la ausencia de las pinturas rupestres cuaternarias.

Una nueva síntesis, en este caso para el periodo mesolítico, fue realizada por J. Aparicio, quien lo dividirá en tres fases, siendo la primera, la correspondiente al epipaleolítico microlaminar (Aparicio, 1979).

I. Barandiarán fue el primero en obtener fechas de C-14 para el epipaleolítico en Botiquería dels Moros, proponiendo una evolución tipológica centrada en el bajo Aragón en base a este yacimiento, junto con los abrigos de Sol de Piñera, El Serdá y Costalena (Barandiarán, 1979).

En este mismo año, Moure y López publican los resultados del abrigo de Verdelpino (Cuenca), aportando nuevas fechas de C-14: 12.890 y 14.000 BP para los niveles V y VI (Moure, López, 1979).

También hemos de destacar, un ensayo de síntesis realizada por J. M. Fullola para las industrias líticas del paleolítico superior ibérico, centradas en las fases iniciales de esta etapa hasta el periodo solutrense. Una vez estudiado el yacimiento, señala que los momentos iniciales del magdalenense se derivan del solutreogravetiense, lo mismo que ocurría para el momento de transición entre el magdalenense medio al superior (Fullola, 1979).

A principios de la década de los ochenta, V. Villaverde publica los primeros resultados de las excavaciones de la Cova de les Cendres (Alicante), resaltando la presencia de un magdalenense superior, que denomina "magdalenense de facies ibérica", e indicando la relación de buril/raspador, como propia del magdalenense superior y final, junto a la presencia de laminitas de dorso y triángulos escálenos (Villaverde, 1981).

También C. Cacho defiende una interpretación distinta, llamando "epiperigordense" a las industrias de finales del paleolítico representadas por la abundancia de laminitas y puntas de dorso, raspadores y puntas de muesca, microlíticas en algunos casos (Cacho, 1980). Esta nueva opinión se basa en el escepticismo personal de dicha investigadora, de clasificar como magdalenenses las industrias correspondientes a los niveles superiores de algunos de los yacimientos estudiados por Siret, máxime cuando no presentaban los elementos óseos característicos del magdalenense.

También a mediados de dicha década, se incrementarán notablemente las investigaciones realizadas sobre estos periodos culturales.

Fortea junto a Fullola y Villaverde, señalan la indudable adscripción magdaleniense para muchos de los yacimientos del litoral mediterráneo peninsular, siendo los arpones los elementos característicos de este periodo, si bien en algunos asentamientos éstos son inexistentes (Fortea, Fullola, Villaverde, *et alii*, 1983).

Fortea por su parte, mantiene que las industrias microlaminares derivan directamente del magdaleniense final. De la misma manera Villaverde se manifiesta ante el estudio del yacimiento de El Prat de Liria, al advertir la perduración industrial entre el magdaleniense final y el epipaleolítico (Villaverde, Martí, 1983).

Así pues, algunos autores, entre ellos E. Aura, señalarán las diferencias de la secuencia propuesta por Pericot, en base a los yacimientos del Parpalló y Bora Gran (Aura, 1986), asimismo corrobora como definidores típicos para el magdaleniense superior mediterráneo, la presencia de arpones, situando el marco cronológico de su desarrollo entre el 16.000/15.000 al 11.000/10.000 BP; también ofrecerá una división de dispersión cultural, repartida en tres áreas: a) núcleo catalán, incluyendo los yacimientos de Serinyà, Bora Gran y Mallada; b) núcleo valenciano, grupo enlazado con el catalán a través de los yacimientos de Matutano y Verdelpino, y representado por los yacimientos del Parpalló, Volcán del Faro, Cendres y Tossal de la Roca; y finalmente, c) núcleo litoral malagueño, con los yacimientos del Higuera, Hoyo de la Mina y Nerja; este grupo se enlazaría con el conjunto valenciano a través de los yacimientos del Barranco de los Grajos y los arpones magdalenienses fuera de contexto depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena.

El investigador francés, M. Barbaza realiza una rápida síntesis de los estudios realizados sobre el epipaleolítico en la vertiente mediterránea española, destacando la existencia del magdaleniense superior fechado en el X milenio, junto con otros yacimientos epipaleolíticos con industrias de tradición magdaleniense, con lo cual cree que deberían bajarse las cronologías para esta fase cultural, que considera como epimagdalenienses, en torno al IX milenio (Barbaza, 1984).

Al mismo tiempo, Villaverde dividirá el magdaleniense en tres horizontes: inicial, medio y superior (Villaverde, 1984), y más tarde Aura estructurará el magdaleniense mediterráneo en dos grandes tecnocomplejos industriales, a su vez subdivididos en horizontes o fases, basados en las diferencias tipológicas de la industria lítica, proponiendo a su vez, una cronología en torno al 11.000-10.500 BP para el magdaleniense final (Aura, 1988).

En la actualidad el número de yacimientos estudiados, se ha incrementado notablemente a lo largo de todo el litoral mediterráneo con interesantes aportaciones monográficas sobre áreas concretas, por ejemplo el trabajo realizado por Martínez Andreu para la costa murciana (1989), o los estudios globales de yacimientos efectuados en el área valenciana (Cacho, 1986; Villaverde, 1992; Domenech, 1990; Davidson, 1989; Aura, 1992); las investigaciones efectuadas en Cataluña (Fullola, 1992) y los recientes resultados obtenidos en el área andaluza (Jordá Pardo, 1986; Asquerino, 1988.). Todo este amplio conjunto de nuevos yacimientos y sus correspondientes publicaciones, nos ofrece una nueva panorámica valorativa y de interpretación de datos actualizados.

TENDENCIAS Y TEORÍAS ACTUALES

Las nuevas líneas de investigación que actualmente se llevan a cabo para la interpretación de la transición del pleistoceno final o tardiglaciario hasta los momentos iniciales del holoceno, en parte siguen sustentando algunas de las tesis ya formuladas por Fortea en 1973. El aspecto variable que ofrecen los conjuntos líticos del magdaleniense superior y su posterior evolución con el epipaleolítico microlaminar, fue interpretado como una posible superposición entre una y otra cultura (Fortea, 1973). Asimismo, este autor señaló la filiación existente entre el magdaleniense final y el epipaleolítico microlaminar, hasta el punto que se plantea considerar el que las primeras fases epipaleolíticas pudieran ser en realidad momentos epimagdalenienses, basándose en la estrecha vinculación entre una y otra etapa cultural, si bien también admite una gran regionalización para el epipaleolítico en general (Fortea, Fullola, Villaverde *et alii*, 1983).

Este solapamiento entre el magdalenense superior final y el epipaleolítico microlaminar del área mediterránea peninsular, ha sido también señalado por otros investigadores (Aura, Pérez, 1992), indicando las grandes dificultades que ello confiere para la comprensión del proceso de evolución entre el magdalenense superior y el epipaleolítico. En este sentido, Aura señala la concentración de dataciones absolutas dentro del segmento temporal comprendido entre el 14.000 y 10.500 BP que él atribuye como adecuadas al periodo magdalenense superior, y otras situadas entre el 10.500 y el 8000? BP, que fecharían el periodo epipaleolítico microlaminar. Aura y Pérez Ripoll realizan un análisis sobre los conjuntos líticos de ambos periodos culturales, apreciando una disminución de tamaño en las industrias del epipaleolítico microlaminar juntamente con un aumento de percutores y cantos tallados. Estos investigadores también diferencian los conjuntos de cultura material para cada periodo:

- El "magdalenense superior mediterráneo", así denominado por estos autores, presenta un alto porcentaje de útiles microlaminares, abundancia de buriles, baja proporción de raspadores, introducción de algunos geométricos, láminas truncadas, láminas de dorso, muescas, denticulados y escasos perforadores; la industria ósea se caracterizaría por la presencia de puntas de base biselada, varillas con decoración incisa, y arpones de una hilera de dientes, decorados con motivos incisos en zigzag. Además consideran como dato muy característico, la presencia de arte mueble.

- En cuanto al llamado "epipaleolítico microlaminar mediterráneo" que Fortea consideró como una facies aziloide, lo ordenan en tres grupos industriales, tal y como ya éste último los distinguió: un complejo de raíz magdalenense superior final, con láminas, buriles y triángulos escálenos alargados; un complejo microlaminar de facies Malladetes, con mayor presencia de buriles, ausencia de geométricos y gran abundancia de industrias microlaminares en la fase final; el último complejo de facies Sant Gregori, constituiría una variante del mismo complejo microlaminar anterior, diferenciado por el mayor tamaño de los útiles, con un alto porcentaje de raspadores, disminución de buriles, una buena representación de industrias microlaminares y escasos geométricos. Todos estos complejos procederían de un mismo sustrato magdalenense, y que serían sincrónicos en un primer momento, para más tarde diversificarse.

También otro de los rasgos o tendencias seguidos actualmente, es el señalado ya por Fortea cuando indica que en ciertos asentamientos, como Lagrimal y Malladetes, el complejo microlaminar parece perdurar hasta el neolítico de las cerámicas impresas cardiales (Fortea, 1973). Mientras que la facies Sant Gregori quedaría infrapuesta a un complejo geométrico de tipo sauveterroide, como parece demostrarse en Filador (Fortea, 1985).

Por otra parte, siguiendo estos criterios, el epipaleolítico no parece poseer arte mueble, así como tampoco la industria ósea es significativa, sin embargo observa Aura, que en este caso debería concretarse con mayor detalle, teniendo en cuenta los hallazgos en diferentes yacimientos, como por ejemplo en Nerja (Aura, Pérez, 1992, 30).

Así pues, dentro de las tendencias actuales de investigación, una de las propuestas iniciales que Fortea ya formuló por primera vez, acerca de la filiación entre el magdalenense y el epipaleolítico, ha quedado ratificada por los estudios posteriores, si bien ahora ya no se puede referir exclusivamente para la fase final magdalenense, sino para todo el conjunto del magdalenense superior. Por otra parte, las dificultades de identificación de éste último en el litoral mediterráneo, han sido ampliamente superadas al identificarse esta cultura como poseedora de una gran personalidad y con unas marcadas diferenciaciones regionales.

Actualmente la problemática reside en ciertas dificultades de periodización del magdalenense superior, si bien algunos prehistoriadores han iniciado líneas de investigación en este sentido (Aura, 1988), estructurando el magdalenense mediterráneo en dos grandes tecnocomplejos, subdivididos en diversos horizontes (Aura, 1988, 150), como ya hemos señalado.

Por otra parte, el conjunto material del magdalenense superior, que no parece poseer la homogeneidad que en un primer momento le fue atribuida; presenta una importante variabilidad, al parecer sustentada por la diversidad de su industria lítica, principalmente. La propuesta inicial de Aura caracterizaba los momentos plenos del magdalenense superior por la presencia de arpones, puntas de bisel simple y sección angulosa, como característicos de la industria ósea; en cuanto a la

industria lítica resaltaba la relación de equilibrio entre buriles y raspadores, en algunos casos con mayor porcentaje para los primeros, juntamente con un conjunto microlaminar bastante diversificado. Para el magdalenense superior evolucionado, se señala la ausencia de arpones, un complejo microlaminar menos diversificado que parece tener una continuidad en epipaleolítico microlaminar antiguo; asimismo se observará un descenso de la presencia de buriles y útiles microlaminares, así como un notable aumento de raspadores. El final o decadencia del periodo magdalenense superior se valora sobre la ausencia de elementos de industria ósea y arte mobiliario.

La cronología que ha sido propuesta (Aura, 1992, 173, 174), es la siguiente:

- para el magdalenense superior inicial, basada en las dataciones obtenidas en Parpalló y Matutano, abarca un segmento temporal del 14.000 al 13.500 BP.

- para las fases medias del magdalenense superior, la cronología resulta difícil de definir, sin embargo ha sido situada hipotéticamente entre el 12.000 al 11.000 BP. La cronología de la fase final del magdalenense superior, comprende desde el 11.000 al 10.500 BP.

Aura con todo estos datos tipológicos y cronológicos, plantea la tesis que la evolución interna de los tipos líticos, al ser lenta, es lo que podría explicar la ausencia de diferencias contrastadas.

Parece pues que actualmente, la problemática del magdalenense superior se centra en la comprensión o significación de la diversidad industrial, no siempre debida a la propia cronología del yacimiento, y que quizás ello sea debido a las variaciones regionales o locales, e incluso a las diferentes especializaciones funcionales, conformando "territorios sociales" (Clark, 1975).

Las últimas teorías publicadas vienen pues a demostrar, la diferencia sustancial que se establece para el magdalenense mediterráneo, basada en los estudios realizados por Aura, quien distingue dos grandes bloques: un magdalenense antiguo de tipo Parpalló, y un magdalenense superior (Aura, 1988), cuyo contraste se basa en el incremento de la industria microlaminar, el aumento de los buriles sobre los raspadores, así como de las láminas truncadas, laminitas de borde abatido y las de tipo apuntado (Villaverde, 1992, 78).

Otra de las teorías presentadas recientemente, se refiere a la uniformidad del magdalenense en el ámbito peninsular, el cual paulatinamente se transformará durante el tardiglaciario, fijándose para este momento de cambio climático, un segmento temporal entre el 11.000 y el 10.500 BP, cuyo resultado será la causa de un empobrecimiento tecnológico, especialmente reflejado en la industria ósea y en ciertos tipos líticos como los buriles (Villaverde, 1992, 79), así como una pérdida significativa en la variedad tipológica microlaminar anterior (Aura, 1992, 172).

Finalmente con respecto a la industria ósea, los denominados protoarpones atribuidos en un principio al magdalenense medio mediterráneo (Villaverde, 1988, 11-47), ahora se consideran arpones evolucionados pertenecientes al magdalenense superior avanzado (Aura, 1988). Su evolución ha sido registrada sobre el estudio decorativo y según los distintos tipos de secciones, constándose a la vez, su escasa variedad tipológica.

